

la imprudencia y libertad de los más atrevidos? Todo dió en tierra y se perdió enteramente; y en su lugar se ha sustituido una ligereza vana, una muelle afeminación y un desahogo criminal, que dá á entender claramente la maligna enfermedad de que adolece. Las conversaciones ordinarias ó las únicas conversaciones han de ser incentivos de la lascivia; si no, ya no son de placer ni de gusto. Si prendió la llama de la impureza, no busca más que materia en que cebarse. El lascivo huye de los sanos consejos de los mayores, se hace el desentendido á la corrección de los padres, se burla de las amenazas de los predicadores, al confesor le encubre gran parte de la llaga, ó le dá unas palabras de enmienda frívolas é insubsistentes que jamás se cumplen: del comulgatorio á las mismas concurrencias ó tertulias, los mismos chistes y donaires, tal vez se critica á los ministros del Señor de rígidos ó ridículos, porque tiran la rienda al desenfreno; y bien hallados en su miserable estado, no gustan se les turbe su posesion. En donde está el amor, allí está el corazón; y como el amor está puesto en los deleites carnales, el corazón no descansa sino en la carne. De aquí se siguen los billetes amorosos, las dádivas recíprocas, las finezas, los recados, los mensajes, las quejas, los celos, los sentimientos, las satisfacciones; las nuevas promesas, las citas para los paseos y espectáculos, los ardides para eludir la vigilancia del padre ó del marido; las alabanzas, las lisonjas, todas las diligencias, en fin, para conseguir el anhelado criminal intento. Estos son los principios de la lujuria, dar al traste con toda la virtud y buenas prendas de un hombre. Ahora vereis cómo le conduce á un lamentable deliquio y á un letargo profundísimo.

2. No corre el agua con tanta aceleración al centro de su gravedad, ni la piedra se desprende hácia abajo desde la cima de un monte con tanta rapidez, como el lascivo se precipita y se hunde en el cieno del deleite. El no se contenta con las primeras experiencias del pecado en que satisfizo su loca curiosidad. Sin embargo de la amargura que lleva consigo el bocado dulce, quiere hacer nuevas pruebas de su amarga dulzura, y las hace con efecto: y repitiendo con frecuencia las caídas, pierde las pocas fuerzas que le quedaban, y se halla postrado de una enfermedad incurable. Es labonándose unos pecados con otros han ido formando una cadena de hierro con que le tienen atado, y casi ha llegado á una necesidad forzosa de servir á la culpa. Si se levanta por algunos momentos, ¡qué poco dura en pié con sus propósitos! Es una caña débil que con cualquier vientecillo de pasión se inclina, se dobla y se troncha. Dios me libre de que el vicio de la impureza llegue á echar hondas raíces en el alma y apoderarse del

corazón del hombre: Nabucodonosor, reducido á la condición de bruto, no es figura bastante expresiva de su infelicidad y miseria. No habéis ya de este sugeto como de un hombre racional y sensato; es un loco y un furioso bien hallado con su furia y su locura; ha perdido la reflexión y el juicio, que eran las dos luces de la humanidad, y ha quedado en un estado de obscuridad y tinieblas en que no habita algún orden ó concierto, sino la confusión y el horror. En vano será reconvenirle y ponerle delante sus más estrechas obligaciones; en vano será acordarle la brevedad de la vida, las cenizas del sepulcro, la severidad de la cuenta, el rigor del juicio, la eternidad del infierno; se hará sordo á todos los avisos, insensible á todas las amenazas, porque los deleites carnales le tienen empapado el espíritu, absorbido el sentido, obcecada la mente, endurecido el corazón y aletargada toda el alma.

¡Qué campo me presentan las historias sagradas y profanas en cada página de sus libros, para convencer este fatal adormecimiento y letargo en un hombre esclavo de la torpeza! Pero no, no es menester recurrir á los pasados siglos, cuyos ejemplares por remotos pierden mucho de su fuerza. Tenemos á la vista bastantes espejos en que mirarnos: ¡ojalá que no nos ofrecieran imágenes tan funestas! Damos una vuelta por la gran Babilonia del mundo y hallaremos aquella famosa meretriz del Apocalipsis con la copa en la mano, que da á beber del vino de la lascivia y embriaga con el cáliz de su prostitucion, no solo á los magnates y potentados, sino también á todos los moradores de la tierra. Pero ¿de qué modo? Con una pesadísima borrachera que rara vez se digiere. Allá se ve un magistrado, persona de autoridad en la república, á quien no se puede hablar sino de rodillas, y por otra parte no se desdeña él mismo de postrarse á los piés de una mujercilla loca que le saca de juicio: éste es el ídolo á quien ofrece sus votos, y en cuyas aras impuras sacrifica todas las bellas prendas de su ministerio y carácter. Ya no hay infamia que no cometa, derecho que no viole, justicia que no atropelle como se interponga el objeto de su torpe pasión. El pobre gime, la viuda llora, el pupilo clama; pero, los gemidos, los llantos y los clamores son vanos é infructuosos, si se yerra el medio poderoso, el eficaz, el único para consolarlos. Bien sabe este hombre los disturbios que causa, las murmuraciones que ocasiona, los perjuicios y daños irreparables que induce; pero ¿qué hemos de sacar? Se entregó á los deseos de su corazón y no hay quien le despierte de su profundo sueño. Acá se presenta una señora de clase, pero que, por más señora que sea, no deja de ser mujer, engolfada en amores profanos y amistades estre-

chas: ella gusta de cortejos y galanteos á todas horas; una turba-multa de pisaverdes insensatos y de adoradores sacrilegos la siguen á todas partes, hace á las criadas terceras de sus amores, y ella se ve precisada á ser la encubridora de las criadas mismas: ¡qué trastorno en esta casa! No falta medio de deslumbrar al marido; con el pretexto de la razon de estado se ha de mantener tertulia, se ha de seguir el juego, asistir al baile, al teatro, al festin, al paseo. Así pasa su vida esta mujer infeliz adormecida en el centro de la sensualidad, y no hay quien la despierte de su profundo sueño. En esta parte se deja ver un padre de familias, que resfriado en el amor honesto que tiene en casa, corre desalado hácia un objeto extraño: ¿qué ha de resultar de esta escandalosa afición? El abandono lastimoso de sus domésticos, el pésimo ejemplo de sus hijos, pesares y aflicciones á la propia mujer, riñas y discordias continuas, menoscabos considerables á la hacienda, que se sacrifica al gusto y al antojo del objeto idolatrado. Pero ¡qué! ¿se podrá detener el curso á este rápido torrente? Nada ménos: se ha de seguir el derrumbadero empezado; no sé de hombres volver atrás en el empeño; á costa de infinitos inconvenientes se ha de caminar por el borde del precipicio; y viene esta embriaguez á perturbar de tal modo, que no hay quien le vuelva en sí de su profundo sueño. En la otra se ve con dolor una doncella liviana de estas del partido del mundo (que por nuestra desgracia y por nuestros pecados tambien hay doncellas de este partido): ¡qué no hace si la llama de la impureza llega á arder en su corazón! ¡Qué ardides! ¡Qué estratagemas! ¡Qué artificios para eludir y burlar el desvelo de los padres! La casa de la vecina, de la tia, de la parienta es el teatro de sus desahogos bajo especiosos pretextos; las puertas, los cerrojos, las ventanas y balcones no están seguros de noche; los mismos templos son testigos á las veces de mil sacrilegos atentados; se desprecia el qué dirán, y perdida la vergüenza se llega á hacer gala de lo que más vale callar. Nadie intente despertar á esta mujer, á quien el vino de la sensualidad tiene amodorrada en un profundo sueño. Funestísimos son los estragos de la lujuria en sus progresos; ya lo habeis visto, hermanos; pero no solo enajena y aletarga, sino que tambien endurece y obstina; lo que causa una total corrupcion y podredumbre del alma.

3. No consiste, hermanos míos, la principal malignidad de la torpeza en las resultas ordinarias que cada dia vemos y tocamos con las manos. No consiste su horror y abominacion en las hediondas enfermedades del cuerpo contraidas por este maldito vicio: tantos jóvenes infelices heridos de esta peste, aquejados de agudísimos dolores, ten-

didos en una cama, consumidas las carnes, roidos los huesos, dañado el pecho, trémulo todo el cuerpo y apestando con el hedor y fetidez que exhala este muladar inmundo. No consiste su malicia principal en las perfidias que comete, en las amistades que rompe, en los odios que fomenta, en los celos que enciende, en los bienes que disipa, en las honras que quita, en los venenos que propina, y en el abismo de errores, cismas y herejías á que impele y precipita esta furia del infierno. Ya sabemos que á todas estas maldades arrastra el logro infame del infame apetito. Ya sabemos que por satisfacer su pasion torpe, David acabó con Urias, Herodes degolló al Bautista, Amon sacrificó á Tamar, los jueces de Israel condenaron á Susana, y hasta el mismo Salomon volvió las espaldas á Dios y se postró ante los ídolos y simulacros gentílicos. Ya sabemos que los herejes de los últimos tiempos no han tenido otro motivo para romper la unidad, apostatar de la iglesia católica y despedazar las entrañas de la madre que les habia dado la vida, sinó el vehemente deseo de sacudir el yugo de la castidad y vivir á las anchuras de la sensualidad y de la concupiscencia. Todas estas monstruosidades y pésimas consecuencias lleva consigo el vicio abominable de la lujuria. Pero á mí lo que más me horroriza y estremece, es la impenitencia final, el endurecimiento y la obstinacion que la acompaña y que pone el sello á la actividad del veneno. Un lujurioso de por vida es difícilísimo que se convierta jamás: está aquel corazón muy cerrado á todo influjo y rocío de la gracia, y los socorros exteriores son de poca eficacia para doblarle. No prestándose el entendimiento á la persuasión y á la fuerza de la verdad, faltan las armas para rendirle; y la voluntad ciega no tiene otra direccion ni otro impulso que su misma ceguedad. Aunque él mismo se vea acometido de una gravísima enfermedad y con el alma en los labios, no por eso dejará el cenagal de su lujuria: allí se estará atolado, allí se consumirá, allí se pudrirá, sin que piense jamás en salir de aquel abismo. Por más que los ministros del santuario trabajen, se esfuerce, den gritos y clamen con la trompeta de Joel, á todo se hace el sordo, todo es en vano; el objeto de la pasion arrastra toda el alma, y la deja incapaz de volver sobre sí. Se le ha dado tiempo al adúltero y fornicario (así leemos en el Apocalipsis) para que se arrepienta y se convierta; mas él no quiere entrar en sentimientos de conversion ni de arrepentimiento: *Non vult pœnitere à fornicatione sua.*

Como el hidrópico no puede contenerse á la presencia del agua, aún á costa de la vida, el lascivo no se contendrá á vista del objeto deleitable, aún á costa de su alma y de su condenacion. ¿Puede darse ti-

ranía mayor, esclavitud más cruel? Siempre leo con asombro aquella sentencia que profiere el Espíritu Santo en el profeta Oseas, aquel fallo decisivo, que debiera hacer temblar á cualquiera que esté herido de este veneno mortífero: *Non dabunt cogitationes suas; tu revertantur ad Dominum, quia spiritus fornicationis in medio eorum est*: No pondrán su pensamiento jamás en convertirse al Señor, porque habita en medio de ellos el espíritu de fornicación. Allí estarán clavados con clavos de hierro; allí estarán ligados con cadenas de bronce: estas cadenas eran las que tenían cautivo y esclavo de su pasión al grande Agustino y de las que se lamentaba amargamente, viéndose atado de piés y manos. De la voluntad perversa, dice este gran santo y gran penitente, de la voluntad perversa se engendra en mí el gusto á la lascivia; sirviendo á la lascivia se formó el hábito y la costumbre; y no resistiendo á esta costumbre y hábito inveterado, vine á quedar como necesitado y forzado á seguir los impulsos de la carne.

Como por este vicio desenfrenado, hambriento é insaciable se desordenan todas las facultades del hombre, segun enseña el ángel de las escuelas, se pierde la rectitud del juicio, se apaga la luz de la prudencia, se eclipsa el rayo de la fé, desfallece la esperanza, y se sigue un trastorno general en todas las potencias, el entendimiento se ciega, la memoria se enflaquece, la voluntad se esclaviza y toda la máquina espiritual y moral se descuaderna; no queda lugar á pensamiento serio, á discurso reflexivo, ni á afecto alguno que tenga visos de racional y de humano. No parece sino que este sugeto es ya un sér de otra naturaleza, que más tiene de insensible que de viviente. Es un hielo que nunca se deshace, una nieve que nunca se liquida, un plomo que nunca se derrite, una piedra que nunca se ablanda, y un diamante durísimo que resiste á todo golpe de martillo. Solo se ablanda, se dobla, se deshace, se liga y se derrite al calor del deleite que le infatúa, al vino que le embriaga, y al objeto vil é infame que le enajena y saca de juicio. Allí tiene el corazón asido y aprisionado con nudos indisolubles, y la muerte misma no es capaz de romper los lazos de su pasión torpe. Que Dios haya anegado el mundo por la torpeza; que haya llovido azufre y fuego sobre las ciudades nefandas; que cada día fallezcan disolutos en el logro mismo de sus placeres; que el cielo amenace; que la tierra tiemble; que el mar brame y se enfurezca; que la ira de Dios haga amagos de querer reventar á la parte de afuera; todo esto es una cosa muy fria para el lascivo y una batería de arena para abrir brecha en una muralla de bronce. ¿Qué mayor infelicidad puede darse? ¿Qué estado más de-

plorable? Carísimos hermanos míos, ya habeis visto los estragos de este mónstruo; no os hagais esclavos de esta pasión vergonzosa; concebid el horror que merece un vicio tan vil y tan infame. Huid las ocasiones, refrenad los sentidos, empleaos en ejercicios honestos y devotos, en la lección de libros santos y edificantes, en frecuentar los sacramentos y en pedir continuamente al Señor que os dé un fuerte grito como á Lázaro y os resucite á nueva vida, os conceda el don de la castidad, la pureza de cuerpo y alma, y su gracia poderosa para amarle y servirle en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.

Véase: IMPUREZA y SENSUALIDAD.

LLAMAMIENTOS DE DIOS; véase: AVISOS,—INSPIRACIONES.

MADRES.

(DEBER DE LAS)

Defunctus efferebatur, filius unicus matris suae.

Sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre.

(Luc. vii, 12.)

San Lucas, en las palabras que acabo de citar, refiere la resurrección del hijo de la viuda de Naim. No trataré de presentaros este milagro como una nueva prueba de la divinidad de Jesucristo, ni os haré notar los caracteres evidentes de autenticidad de que semejante milagro se halla revestido. Lo que importa es, primeramente reconocer en la resurrección del hijo de la viuda un acto de bondad y de caridad; luego acordarnos de que lo que Dios ha hecho con el cuerpo, puede hacerlo y lo hace todos los días con el alma; y por último, formarnos el propósito de pedirle para nosotros y para nuestros hermanos esta gracia, cuantas veces conozcamos que necesitamos de ella.

Ante todo, conviene que reconozcamos en la gracia que el Señor otorga á la viuda de Naim un acto patetísimo y tan gratuito como